



Puente Democrático

Documentos

Año VI Número 24 - 24 de noviembre de 2008

Las difíciles relaciones entre los Estados Unidos y Cuba:

**Algunas sugerencias para la nueva administración
del Presidente Barack Obama**

Cuando el señor Obama nació, ya Cuba comunista era un problema para Estados Unidos. Medio siglo más tarde, sigue siéndolo, pero de distinta manera. Hace dieciséis años, cuando el entonces presidente electo Bill Clinton escuchó de boca de un experto el párrafo dedicado a Cuba durante su sesión de información, sólo hizo un comentario melancólico: “bueno, lo importante es no tener problemas con ese tipo”. Se refería a Fidel Castro, claro. Pero Clinton, ya presidente, pese a su buena voluntad, no pudo evitar algunas confrontaciones y problemas con la dictadura cubana.

El presidente Obama, sin duda, tendrá algún encontronazo con Cuba durante su mandato, como les ocurrió a los anteriores diez gobernantes que han pasado por la Casa Blanca antes que él. Este presidente americano llega a la Casa Blanca con una enorme carga de simpatía por los cubanos radicados en la Isla, y muy especialmente entre la población negra o mestiza de la Isla, claramente discriminada. Por lo que sabemos, pues, podemos afirmar que los cubanos son profundamente obamistas. Su condición de mulato de origen humilde lo aproxima notablemente a la imaginación popular cubana. Eso pudiera convertirlo en un enemigo potencialmente temible para la dictadura, en la medida en que el presidente Obama sea capaz de forjar una política cubana adversaria de la dictadura, pero amiga del pueblo cubano.

Por Carlos Alberto Montaner



Puente Democrático es un proyecto del Área Apertura y Desarrollo Político del Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), cuyo objetivo es promover globalmente la defensa de las libertades civiles y políticas.

Como sabemos, Barack Obama es un demócrata liberal, en el sentido que se le da en Estados Unidos a esa palabra de origen español, casi el opuesto al que tiene en el resto del mundo. Es muy posible que la evolución final hacia la democracia en Cuba ocurra durante su mandato, lo que significa que, en este aspecto, será una etapa de riesgos, pero también de oportunidades para ponerle punto final creativamente a un viejo conflicto.

Durante este periodo de transmisión de la autoridad, un grupo escogido de expertos de la diplomacia y la inteligencia norteamericana le transmitirá cierta información al presidente electo sobre los asuntos que, en algún momento, exigirán la toma de decisiones. Como se trata de centenares de temas, esa información se fragmenta en cápsulas tan breves como su prioridad indique. A mayor importancia, más detallada es la información que llegará a los ojos y oídos del nuevo presidente.

Sin duda, los grandes temas, vinculados a la seguridad de la nación, serán Al Qaeda y el terrorismo, las guerras de Irak y Afganistán, el agresivo armamentismo de Corea del Norte e Irán, y, en general, la peligrosa proliferación de armas nucleares y el riesgo que ello tiene de que, en manos criminales, un día una ciudad norteamericana desaparezca en medio de un hongo nuclear.

La crisis económica, aunque es una prioridad esencial, no será objeto de importantes revelaciones secretas porque es una materia pública sobre la que hay una gran variedad de opiniones e informaciones disponibles. Es la gran prioridad, quizás la número uno de la Casa Blanca, pero de ella el presidente Obama sabe tanto o tan poco como el resto de los expertos.

Dentro de ese programa de choque informativo encaminado a educar rápidamente al Presidente, a Cuba le dedicarán unos minutos. Quizás cinco minutos, o incluso menos. La Isla tiene una baja prioridad. Ese enero en que tomará posesión el presidente Obama, marcará el quincuagésimo aniversario del triunfo de Fidel Castro.

Cuando el señor Obama nació, ya Cuba comunista era un problema para Estados Unidos. Medio siglo más tarde, sigue siéndolo, pero de distinta manera. Se ha convertido en una molestia menor, algo así como una pequeña verruga enquistada en un dedo del pie, que puede desprenderse sola, pero que también pudiera tornarse cancerosa. No es peligrosa, pero hay que vigilarla, como suelen decir los médicos de todas las excrecencias sospechosas. Todo depende de cómo evolucionen los acontecimientos en ese país.

Hace dieciséis años, cuando el entonces presidente electo Bill Clinton escuchó de boca de un experto el párrafo dedicado a Cuba durante su sesión de información, sólo hizo un comentario melancólico: “bueno, lo importante es no tener problemas con ese tipo”. Se refería a Fidel Castro, claro. Y tenía buenas razones para ello: los problemas con

Cuba contribuyeron a su derrota electoral como gobernador de Arkansas, tras el éxodo masivo de Mariel en 1980, cuando varios millares de refugiados fueron a parar a un centro de detención en Arkansas y crearon ciertos problemas de orden público que acabaron por perjudicar a las autoridades locales.

Pero Clinton, ya presidente, pese a su buena voluntad, no pudo evitar algunas confrontaciones y problemas con la dictadura cubana: a mediados de los noventa debió padecer otra ola migratoria ilegal impulsada desde La Habana y tuvo que retener en Guantánamo a decenas de miles de baltos a los que luego se les permitió viajar a Estados Unidos; la aviación militar cubana derribó en aguas internacionales tres avionetas desarmadas de Hermanos al Rescate, asesinando a sus tripulantes, casi todos ciudadanos norteamericanos, lo que motivó la apresurada aprobación de la Ley Helms-Burton; y luego se produjo la agria disputa por el llamado “caso Elián”.

¿Por qué afectó el caso Elián a Estados Unidos? Vale la pena recordarlo. Fue un conflicto jurídico sobre la custodia de un menor, parecido a los que todos los días se ventilan por miles en los tribunales de familia norteamericanos, que, por la manera violenta en que se solucionó, tal vez le costó la elección a Al Gore, en la medida en que polarizó a los votantes cubanos contra el candidato demócrata en una proporción desmesurada.

En ese año 2000 los demócratas perdieron Florida por 537 votos, y con ella las elecciones generales. Esta observación sobre Elián y su derrota, por cierto, no es de mi cosecha, sino de la de Al Gore, cuando hizo el recuento de lo que había pasado. Si en vez de enviar a un grupo de militares armados a rescatar al niño de los amorosos brazos de sus tíos y primas, se hubiera dejado actuar a los tribunales de familia, como pedían Al Gore y otras voces sensatas entre los exiliados, el resultado hubiera sido similar –el niño habría sido entregado a su padre, que es lo que la ley indica-, pero el procedimiento habría sido pacífico y con arreglo a las normas, sin enconar la buena voluntad de los electores cubanos de Miami contra los demócratas.

La observación final de esta primera parte es muy sencilla: el presidente Obama, sin duda, tendrá algún encontronazo con Cuba durante su mandato, como les ocurrió a los anteriores diez gobernantes que han pasado por la Casa Blanca antes que él. Este no es el lugar para hacer el recuento de esos conflictos –que incluye el peligrosísimo episodio de la Crisis de los misiles de octubre de 1962, cuando Fidel Castro trató de convencer a Nikita Krushchev de que atacara preventivamente a Estados Unidos con armas nucleares-, pero sí para advertir que es conveniente tener una idea muy clara de cuál debe ser la estrategia norteamericana para lidiar con un vecino tan conflictivo. Las reflexiones que siguen van encaminadas en esa dirección.

Pero, antes de llegar a ella vale la pena deslizar una observación lateral: este presidente americano llega a la Casa Blanca con una enorme carga de simpatía por los cubanos radicados en la Isla, y muy especialmente entre la población negra o mestiza de la Isla, claramente discriminada. Por lo que sabemos, pues, podemos afirmar que los cubanos son profundamente obamistas. Su condición de mulato de origen humilde lo aproxima notablemente a la imaginación popular cubana. Eso pudiera convertirlo en un enemigo potencialmente temible para la dictadura, en la medida en que el presidente Obama sea capaz de forjar una política cubana adversaria de la dictadura, pero amiga del pueblo cubano.

Trasladémonos al seno del gobierno de Castro. ¿Qué sucede dentro de las filas del poder cubano? Sin duda, el rasgo más evidente es el desaliento. Quienes mandan en Cuba han perdido el entusiasmo revolucionario. Eso es lo que afirman y temen los jefes, Fidel y el canciller Pérez Roque incluidos, cuando advierten que la revolución puede destruirse desde dentro como consecuencia de este estado anímico de generalizado desánimo. Es lo que se demuestra cuando separan de su cargo al ministro de educación Luis Ignacio Gómez por su falta de “conciencia revolucionaria”, o cuando supuestamente detienen y sacan de circulación al principal asistente de Fidel Castro, Carlos Valenciaga –nada menos que el hombre que anunció la renuncia de Castro al poder durante su enfermedad en el verano de 2006–, aparentemente porque descubrieron que depositaba dinero en cuentas bancarias secretas en el exterior del país.

En rigor, es natural que así sea: no hay fanatismo que resista medio siglo de una decepcionante realidad que desmiente totalmente el discurso político. La desaparición de la URSS y del bloque comunista, la conversión de China y Vietnam en dictaduras capitalistas de partido único, y la confirmación reiterada de las falencias del marxismo leninismo, son golpes contra los que no es posible esgrimir una coartada ideológica convincente. La pobreza cubana es demasiado hiriente. Un gobierno que, tras cincuenta años de control absoluto, al margen de la represión y del alto costo de dolor humano, lejos de solucionar ha empeorado los cinco elementos materiales básicos sobre los que descansa la existencia humana (agua potable, alimentación, vivienda, transporte y comunicación), carece de defensa posible. Y es exactamente en este punto en el que, aunque a *sotto voce*, se divide amargamente, la clase dirigente cubana: qué reformas hay que hacer y cuál debe ser el rumbo del país en el futuro.

En general, sabemos de la existencia de tres tendencias dentro del poder cubano: la de Fidel Castro, muy pequeña, pero totalmente dominante, al menos mientras él viva; la de su hermano y presidente Raúl Castro, compuesta por los cuadros y *apparatchiks* que le son leales; y la de los tecnócratas que tienen una visión menos ideológica de los problemas del país.

Hagamos una breve descripción de esas tres posturas.

La tendencia Fidel es la inmovilista. Fidel Castro no quiere cambios. Es un colectivista irredento. Cuando abre la ventana de su habitación de enfermo terminal ve un país heroico lleno de atletas victoriosos, niños educados y combatientes tenaces e invencibles frente al imperialismo yanqui. Tiene visión de túnel y todo lo contempla por medio de lentes ideológicos. Junto a Hugo Chávez, y con el auxilio de sus petrodólares, ha revitalizado la lucha contra los males del capitalismo. Cree que el eje La Habana-Caracas reemplazará a la traidora URSS que vendió la causa de los pobres al oro de Washington. Ya no sueña con una Cuba próspera, pero no le importa: ha reemplazado ese proyecto juvenil con el de una Cuba viril y austera. No cree en el modelo chino porque le parece peligroso que mil trescientos millones de seres humanos se sumen a los patrones de consumo del devastador primer mundo. No se ha atrevido a formularlo, pero cree que la pobreza generalizada es lo moralmente justificable. Dentro de su esquema igualitario-colectivista sueña con un mundo en el que todos tengan poco y en similares cantidades.

En lo que se muere, Fidel Castro ha adoptado el papel de una Casandra enfundada en un chándal que vaticina el suicidio de la humanidad si los hombres no siguen sus consejos de estadista preclaro y conciencia de nuestra especie en peligro de extinción. Como le sucedía a Casandra, nadie cree en sus vaticinios, y menos que nadie los cubanos que lo rodean y están cansados de sus excentricidades. Sus nuevos enemigos son los reformistas, y, en primer término, quienes continúan hablando de una “transición” o cambio de régimen. Lula da Silva fue uno de los últimos que mencionó esa palabra prohibida.

La tendencia *raulista* es más pragmática. Raúl Castro no quiere cambiar el sistema: desea perfeccionarlo. Su principal objetivo es dedicar el próximo quinquenio (probablemente el último, dado que tiene 77 años) a tratar de organizar la transmisión de la autoridad para que el gobierno cambie de manos, pero dentro del sistema, cuando los Castro ya hayan muerto.

Cuando Raúl Castro mira desde la ventana de su despacho presidencial lo que percibe es un país que se está cayendo a pedazos. Quisiera aumentar sustancialmente los paupérrimos niveles de consumo de los cubanos. Recuerda con cierta nostalgia la Cuba republicana y es lo suficientemente realista como para llevarse las manos a la cabeza ante el insondable desastre material en que ellos han convertido a Cuba. No se atreve a legitimar la existencia de propiedad privada en Cuba, pero intenta hacer algo parecido otorgando derechos de usufructo y otros trucos parecidos, pero insuficientes. Su hermano le frena la intensidad de las reformas. No cree, a largo plazo, en la alianza con Hugo Chávez, y está de regreso de las aventuras de conquista ideológica. Piensa (según se quejan los venezolanos allegados

a Chávez), que don Hugo es un idiota mezclado con payaso. Un tipo poco fiable. Los diplomáticos de Raúl han invitado a Cuba a la oposición boliviana para explicarle que ellos, los cubanos, están lejos del proyecto político bolivariano. Raúl se ha acercado a Brasil, Rusia, Angola, Irán y China a la búsqueda de un sistema de alianzas que le permitan sobrevivir en la eventualidad de que desaparezca o se reduzca el subsidio venezolano. Quisiera mejorar las relaciones con Estados Unidos. Dentro de su proyecto político, a corto o medio plazo no hay vestigios de pluralismo político. A largo, larguísimo plazo, no descarta que la clase dirigente cubana sea capaz de prolongar su autoridad dentro de un esquema como el del PRI mexicano.

La tendencia reformista de los tecnócratas es la más radical, y probablemente la más numerosa, pero carece totalmente de poder. Cuatro de sus más obvios exponentes son los economistas Pedro Monreal, Julio Carranza, Luis Gutiérrez y Harold Dilla. Ellos, y decenas de miles de cubanos bien informados, entienden que el problema material de fondo que aflige al país es la terrible improductividad de los sistemas colectivistas altamente estatizados, gobernados por la planificación centralizada, y, en última instancia, por el capricho de los caudillos. La miseria de Cuba, han aprendido con el curso de los años, no se debe, fundamentalmente, al embargo norteamericano, sino al sistema de producción, de asignación de recursos y de distribución de los bienes y servicios producidos, y nada de eso se puede arreglar con pequeños parches. Hay que reintroducir la propiedad privada, al menos la pequeña y mediana, y mecanismos de mercado, con precios sujetos a las fluctuaciones de la oferta y demanda, como sucede en todas las sociedades prósperas del planeta.

Naturalmente, ninguno de estos tecnócratas habla de cambios políticos encaminados a garantizar los derechos humanos y el pluralismo. ¿Por qué? Tal vez porque la vieja militancia dentro de la dictadura los ha anestesiado en esta zona moral del conflicto (jamás han levantado sus voces para defender a las víctimas de la persecución política), pero también, seguramente, y creo que este es el factor de más peso, porque el límite que el poder cubano le impone al discurso político reformista es muy claro: sólo pueden mantenerse dentro del régimen, aunque sea en un alero marginal, si silencian los aspectos ideológicos y éticos. Si se salen un milímetro de ese estrecho perímetro, como hizo, por ejemplo, otro valioso economista, Oscar Espinosa Chepe, les espera el ostracismo o la cárcel.

¿Hay alguna otra zona del poder revolucionario que exhiba rasgos contestatarios? Sí, se aloja en la UNEAC, el ICAIC y la Casa de América, y pudiera considerarse como una especie de apéndice de los planteamientos de los tecnócratas. Se trata de las posiciones defendidas por algunos intelectuales como la periodista Soledad Cruz, ex embajadora de Cuba en la UNESCO, y otro centenar de

figuras poco conocidas de la vida pública, entre los que pueden mencionarse a Pedro Campos, Desiderio Navarro, Félix Sautié, César López, Antón Arrufat y, en general, a quienes, a principios de 2007, participaron ardientemente en la polémica digital (todo ocurrió dentro de los límites de Internet) sobre el “quinquenio gris” contra Luis Pavón Tamayo y Jorge (*Papito*) Serguera, dos represores de la década de los setenta que fueron utilizados como chivos expiatorios para denunciar la violencia autoritaria y homofóbica del régimen, sin que nadie se atreviera a mencionar al innumerable Fidel Castro, el estalinista mayor del país y responsable principal de cuanto sucede en la Isla desde hace 50 años.

Las conclusiones que se derivan de este análisis son, por lo menos, dos:

- La primera y más importante es que el poder en Cuba no se sostiene por el apoyo de la sociedad ni por la coherencia de la clase dirigente, sino por el control represivo, la inercia de medio siglo de gobierno continuado, y la autoridad indiscutible de Fidel y Raúl Castro sobre el aparato de poder. Casi todo el país quisiera un cambio profundo y radical, aunque muy pocos tengan una idea clara de cuál sería ese cambio, a lo que se agrega que nadie tiene peso dentro de la estructura de poder para defender esas modificaciones públicamente sin sufrir represalias inmediatas.
- La segunda, es que ya existe el elemento clave que vaticina la transformación total del régimen cuando los hermanos Castro salgan de la escena, o (mucho más improbable), cuando Fidel muera y Raúl intente reformar el sistema. Ese elemento clave es la convicción casi unánime que existe en todas las instancias del poder cubano de que hay que cambiar radicalmente el modo de producir, lo que los llevará de la mano a otra conclusión más peliaguda, pero igualmente cierta: también hay que cambiar el modo de gobernar. Todas las transiciones que vimos en la segunda mitad del siglo XX, a la derecha e izquierda del espectro político, desde el posfranquismo hasta el poscomunismo europeo, partieron precisamente de ese punto: el debate sobre los límites de la reforma. Cuando la reforma comience, los cubanos descubrirán, como les sucedió a los chinos, que la reforma no es un modelo nuevo, sino un camino, que, una vez que se emprende, va obligando a nuevas improvisaciones y cambios. Ni a Gorbachov ni a Den Xiaoping jamás les pasó por la cabeza que Rusia o China estuvieran donde hoy están cuando comenzaron a impulsar los cambios.

La inevitabilidad de la transición en Cuba, naturalmente, no debe sorprendernos. Cuba no puede ser la permanente excepción marxista leninista en un planeta en el que esa opción dejó de tener vigencia. Tampoco la cubana puede ser la única sociedad de la historia que llegó a una especie de callejón sin salida, con un modelo de gobierno congelado

en el pasado y condenado a repetir para siempre los mismos errores y arbitrariedades, aunque la experiencia demuestre que ese experimento fracasó. La irracionalidad se puede imponer por la fuerza por un tiempo más o menos prolongado, pero no de forma irrevocable y eterna.

Desde la perspectiva americana este panorama no deja de ser interesante. Es probable que un tenaz adversario, un incómodo vecino situado a noventa millas de la costa floridana, entre en un proceso de cambio que pudiera culminar con la creación en esa nación de un estado favorable a los intereses materiales y espirituales norteamericanos. Sólo que esta premisa obliga, en primer término, a precisar nítidamente cuáles son esos intereses materiales y espirituales de los Estados Unidos, para luego forjar una política que contribuya a precipitar los hechos en esa dirección. Lo menos que se les puede pedir a los estrategas políticos y diplomáticos es que conozcan a dónde quieren llegar antes de trazar la hoja de ruta.

¿Cómo pueden los *policy-makers* norteamericanos fijar el rumbo de Estados Unidos con relación a Cuba? ¿Qué le interesaría a Washington que sucediera en Cuba? No es muy difícil: todo lo que tienen que hacer es observar cuáles son los problemas potenciales de la región –por ejemplo, Centroamérica y el Caribe– y definir lo que quisieran evitar y lo que quisieran propiciar. ¿Cuáles son los principales conflictos que pudieran perjudicar a Estados Unidos? Básicamente, hay *cuatro escenarios problemáticos* cubanos, como se dice en la jerga de los politólogos:

- Primero, el establecimiento en Cuba de un estado narcoterrorista. Las crecientes relaciones con Irán y los viejos vínculos con los grupos terroristas del Medio Oriente, más los nexos con las FARC, indican que ese destino es posible. En el pasado, como sabe muy bien Washington y la DEA confirmó en su momento, Cuba no tuvo escrúpulos en mantener relaciones con los narcotraficantes colombianos, y es posible que el país retome esa senda.
- Segundo, la instauración de un régimen políticamente inestable, en el que se continúen violando los derechos humanos, que degeneren en violencia y lucha armada interna, y desate la intervención militar norteamericana ante un insufrible baño de sangre proyectado en la televisión americana, como sucedió en Europa con la carnicería ocurrida en los Balcanes. Estados Unidos no se puede cruzar de brazos si en Cuba estalla una guerra civil.
- Tercero, un estado militantemente antinorteamericano que, aliado a los rusos e invocando la fantasía ideológica del llamado “socialismo del siglo XXI”, reinicie una variante extemporánea de la guerra fría.
- Cuarto, que se mantenga en la Isla un sistema económico tan torpe que, ante la imposibilidad de ganarse la vida decentemente que asedia a los cubanos, provoque el

éxodo masivo y constante de emigrantes ilegales rumbo a Estados Unidos.

Bien: eso es lo que hay que evitar. ¿Hay algún estado de la región que esté totalmente libre de pecado? Por supuesto: Costa Rica. Los ticos no cultivan vínculos internacionales que afectan negativamente a Estados Unidos; es una sociedad políticamente estable y pacífica en la que los partidos y las personas se alternan en el ejercicio legítimo del poder; y, por último, aunque es una sociedad relativamente pobre, existen en ella suficientes oportunidades de progresar y un grado aceptable de movilidad ascendente como para no exportar emigrantes. No hay núcleos sustanciales de ticos concentrados en Estados Unidos o en otras partes del mundo. Por el contrario: los costarricenses tienen dentro de sus fronteras a varios cientos de millares de refugiados nicaragüenses que, sin el santuario tico tal vez intentarían llegar a Estados Unidos.

Obviamente, lo que le conviene a Estados Unidos es que Cuba se transforme en una nueva Costa Rica: una democracia decente, pacífica, sin violencia, sin *maras* mafiosas, sin narcoterrorismo, en la que se genere suficiente riqueza dentro del aparato productivo como para que los cubanos prefieran no emigrar ilegalmente, como ocurría, por cierto hasta la llegada de Castro al poder.

Por supuesto, hay por lo menos tres argumentos para defender ese objetivo:

- Se ajusta milimétricamente a los valores norteamericanos de defensa de la libertad.
- Es congruente con los deseos de la inmensa mayoría de los cubanoamericanos, quienes verían con gran satisfacción la existencia en Cuba de una democracia dotada de una economía libre en la que sus familiares pudieran prosperar.
- Sería un gran ejemplo para América Latina y un nuevo aliado de Washington en el terreno internacional (no incondicional, por cierto), como suele serlo Costa Rica cuando se trata de causas nobles.

Por otra parte, la triste experiencia del siglo XX demuestra el inmenso error y la censurable falla ética que significó la política de “*our son of a bitch*” desarrollada por Washington en ese periodo, cuando el Departamento de Estado y la Casa Blanca cultivaron unas cálidas relaciones con dictadores como Somoza, Trujillo o Batista. Sencillamente, era falsa la premisa sobre la que descansaba esa abominable posición disfrazada de pragmatismo. Como no podía ser de otra manera, los lazos con esas dictaduras dieron paso al antiamericanismo y, en su momento, contribuyeron a alimentar procesos dictatoriales totalitarios como el sandinismo y el castrismo.

Vale la pena repetirlo: la única evolución cubana que se ajusta a los valores e intereses de Estados Unidos y de los cubanoamericanos transita en dirección de la democracia y las libertades, incluyendo las económicas, y el respeto por

los derechos humanos. Afortunadamente, esos objetivos también coinciden con los de la inmensa mayoría de los once millones de cubanos radicados en la Isla. Sólo nos queda, pues, definir qué se puede para lograr que esa transición, finalmente, ocurra en la Isla. Hagamos esas recomendaciones. Son sólo doce.

Ante todo, hay que establecer dos premisas básicas:

- Primera, la piedra de toque de cualquier medida de gobierno o gesto simbólico norteamericano hacia Cuba debe proponerse reforzar las tendencias reformistas y desalentar las inmovilistas;
- Segunda, es tristemente inevitable llegar a la conclusión de que, mientras Fidel Castro viva, o mientras tenga capacidad para influir en los acontecimientos cubanos, prevalecerá el inmovilismo y será prácticamente inútil todo lo que se haga para propiciar la apertura. No lo ha permitido nunca, ni lo va a permitir.

Esa inflexibilidad casi patológica de Fidel, se vio claramente tras la devastación terrible de los últimos dos ciclones de octubre de 2008. El gobierno norteamericano ofreció ayuda generosa e incondicional para paliar los daños, que incluía viviendas provisionales para cuarenta mil personas, donde medio millón de cubanos habían perdido sus casas, y Fidel, contra la opinión de Raúl y de casi todo su gobierno, que incluso veían una oportunidad dorada para comenzar una suerte de reconciliación, se negó a aceptar ese auxilio porque está empeñado en que Washington levante el embargo unilateralmente, sin la menor concesión de su parte, y prefiere que sus compatriotas padezcan cualquier calamidad antes que admitir un trato favorable de su archienemigo.

Hechas estas salvedades vale la pena consignar esas once medidas que pudiera poner en práctica la administración del presidente Obama:

1. Es muy importante mantener una entidad especial sobre Cuba que coordine todos los esfuerzos en pro del establecimiento de la democracia y sirva de enlace a los distintos organismos norteamericanos que intervienen en este complejo asunto. Esa oficina la creó el presidente Bush y colocó al frente de ella a un funcionario competente, Caleb McCarry, que ha hecho un espléndido trabajo. Sin embargo, quien reemplace a McCarry tal vez deba contar con un comité asesor bipartidista formado con los senadores Bob Menéndez y Mel Martínez y los congresistas federales Albio Sires, Ileana Ros-Lehtinen, Lincoln Díaz-Balart y Mario Díaz-Balart. ¿Quiénes están mejor informados sobre Cuba dentro de la administración norteamericana? ¿Quiénes pueden representar mejor que ellos el sentir de los cubanoamericanos en un tema tan sensible? ¿Quiénes pueden ser mejores interlocutores y consejeros sobre Cuba para la Casa Blanca o para el Capitolio que estos políticos elegidos democráticamente?

2. Esta dependencia oficial, esa oficina cubana, debe publicar mensualmente, en inglés y español, un análisis de los hechos y opiniones más relevantes sobre la situación cubana para informar a todas las cancillerías, medios de comunicación y líderes importantes de cuanto acontece en Cuba. El volumen de información sobre Cuba, y la propaganda que hace circular La Habana son enormes, de manera que lo que se necesita es una síntesis seria y objetiva sobre los asuntos cubanos.
3. A esa oficina cubana de Washington, asesorada y supervisada por la comisión bipartidista, le correspondería revisar y modificar periódicamente los potenciales planes de ayuda económica a una Cuba democrática. No debe olvidarse que esos planes se formularon tanto por la administración de Bill Clinton como por la de George W. Bush y forman un magnífico punto de partida para poner en marcha la colaboración entre los dos países, una vez llegada la hora cero. Dentro de la Isla, lejos de verse como una intromisión en los asuntos internos, como dice la propaganda oficial, esos planes se ven como una señal de esperanza. No basta querer el cambio: hay que saber hacia dónde vamos a cambiar y cómo vamos a financiar ese cambio.
4. Es muy conveniente revocar las medidas dictadas por la Casa Blanca en el 2004, que limitaban el envío de remesas y los viajes a Cuba por parte de los cubanoamericanos residentes en Estados Unidos. Fue una promesa de campaña y favorece los contactos entre los cubanos libres y sus familiares cautivos y pobres, lo que siempre se traduce en un mayor deseo de cambio dentro de Cuba. Será un gesto de buena voluntad que agradecerán los cubanos dentro de la Isla y aumentará la simpatía hacia la nueva administración, así que, mientras más pronto se anuncie, mucho mejor para todos.
5. Dentro del mismo espíritu, debe reanudarse el intercambio académico, aun a sabiendas de que los enviados cubanos al exterior están obligados a reportar a los cuerpos de inteligencia del gobierno cubano o trabajan directamente para ellos. Incluso en esas circunstancias, los académicos que viajan al exterior suelen transmitir ciertas informaciones valiosas a los exiliados, al tiempo que regresan a la Isla inevitablemente contaminados por la experiencia de la libertad, tan diferente al discurso oficial.
6. Es vital que los demócratas de la oposición interna reciban ayuda abundante, como sucedió con los disidentes de la Europa del Este. Estos valientes opositoristas hoy tienen poco impacto dentro del país, dada la represión y el aislamiento a que los somete el régimen, pero cuando llegue el momento del cambio

van a desempeñar el *role* clave en la consolidación de la transición. Cuba, como siempre, protestará, pero el país que una y otra vez proclama su derecho a practicar lo que en Cuba llaman el “internacionalismo revolucionario” –y mucho que lo ha practicado durante décadas en todos los continentes y por todos los medios, incluida la violencia- no tiene ningún argumento moral para negarle a Estados Unidos o a la Unión Europea el derecho a ejercer pacíficamente el “internacionalismo democrático” para ayudar a quienes comparten los valores de la libertad.

7. El otro factor que merece ayudarse son las Iglesias cristianas. Tienen cierta implantación en el país y, en alguna medida, constituyen un espacio de libertad y asistencia social independiente en el que miles de individuos suelen encontrar una suerte ayuda y solidaridad humana. Aunque el catolicismo y el resto de las denominaciones cristianas no tienen en Cuba un arraigo similar al que puede hallarse en Polonia o en otros países de América Latina, es posible que estas instituciones, o alguna de ellas, llegado el momento del cambio puedan actuar como facilitadores y como factores de moderación. De ahí la importancia de contribuir a su fortaleza.
8. Dentro de ese esquema, resulta fundamental que se mantengan y potencien Radio y Televisión Martí, aunque la dictadura cubana, hasta ahora, haya podido bloquear con bastante habilidad, aunque parcialmente, la señal de televisión. La inmensa utilidad de esos dos medios de información –que conducen su programación de acuerdo con las estrictas reglas de La Voz de América-, como sucedió en Europa del Este, se confirmará cuando lleguemos al establecimiento de la democracia. Mientras más información reciban hoy los cubanos, más fácil y menos azaroso será mañana el cambio. También es posible, por ejemplo, darle a TeleMartí un contenido latinoamericano mucho más amplio para que, sin abandonar el campo cubano, sea capaz de ofrecer una alternativa seria y objetiva a TeleSur, la cadena continental con que hoy Hugo Chávez intenta adoctrinar a los latinoamericanos.
9. Lo mismo que se dice de Radio Martí hay que repetirlo en el caso de Radio República –una excelente estación de onda corta cuyo objetivo principal es informar balanceadamente a la clase dirigente cubana y a los demócratas de la oposición-, y del Directorio Democrático Cubano, que es la organización encargada de las transmisiones de Radio República, acaso la única organización juvenil del exilio, y la más eficaz, que ha sido capaz de crear una muy respetada red internacional de apoyo a los disidentes, que hoy abarca a toda América Latina y Europa.
10. Estados Unidos debe continuar coordinando su política cubana con Canadá y la Unión Europea, con especial énfasis en los países que lograron liberarse del comunismo, que son los más sensibles. La lucha por la democratización de Cuba debe ser colocada no como una tarea de Estados Unidos, sino como una responsabilidad de todas las democracias serias del mundo con el destino de una de las últimas dictaduras comunistas que quedan en el planeta. Dentro de esa estrategia, es esencial mantener y fortalecer los lazos con organizaciones y entidades de la sociedad civil de diversos países decididas a contribuir a la libertad de los cubanos, como el Comité Internacional para la Democracia en Cuba que dirige Vaclav Havel en Praga, el Cuba Development Initiative del Pan American Development Foundation, el Center for a Free Cuba, el Instituto de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos de la Universidad de Miami, la Fundación Internacional para la Libertad y CADAL de Argentina, y otra media docena de instituciones similares que han demostrado su eficacia y seriedad a lo largo de los años.
11. Otra medida muy recomendable es el mantenimiento de la llamada “Ley de Ajuste”, aunque lo sensato sería eliminarle esa ridícula y a veces cruel limitación de “pies secos, pies mojados”, aún cuando se castigue con severidad a los traficantes de personas. Debe mantenerse la Ley de Ajuste, en primer término, porque la sociedad cubana, atrapada en el seno una dictadura sin esperanzas, agradece mucho ese gesto de generosa hospitalidad de Estados Unidos, y, en segundo lugar, porque la facilidad que proporciona esa legislación ha permitido la exitosa integración de los cubanos en la sociedad norteamericana. Si hoy la segunda generación de cubanos, pese a la pobreza relativa de la ciudad de Miami, tiene unos niveles de educación e ingresos superiores a la media nacional, es, entre otras razones, por la facilidad con que puede trabajar, pagar impuestos, aprender inglés, estudiar e integrarse en la vida americana. En lugar de eliminar la Ley de Ajuste, lo inteligente sería que el Congreso estudiara sus benéficos efectos con la intención de extenderla a otras comunidades.
12. He dejado para el final el espinoso tema del embargo. ¿Es conveniente levantarlo? Sin duda. Debe levantarse. ¿Cuándo? En el momento en que Fidel Castro desaparezca de la escena y comiencen los primeros síntomas de cambio. Hacerlo ahora sería reforzar la tendencia inmovilista y enviaría el mensaje equivocado. No hay prisa. El tiempo juega a favor, no en contra de Estados Unidos, y dentro de Cuba todo el mundo sabe que la miseria que padece el país no se debe al embargo sino a la minuciosa

incompetencia del sistema comunista. Si ahora se levanta el embargo se les estaría diciendo a las facciones en pugna dentro de Cuba “no hay nada que cambiar, pueden seguir violando los derechos humanos de los cubanos, o hacer lo que les dé la gana, porque a Estados Unidos y al resto del mundo no les importa que en Cuba exista una dictadura comunista contraria a sus intereses y valores”. Esas municiones, esos gestos de buena voluntad, hay que reservarlos para estimular la buena conducta, como recomiendan siempre los psicólogos *behavioristas*. Tan pronto desaparezca Fidel Castro –ese gran obstáculo para el establecimiento de la libertad en Cuba-, es el

momento de volver a ofrecer ayuda humanitaria masiva (que entonces seguramente será aceptada), y de comenzar a hablar de la devolución de Guantánamo a los cubanos, una base militar obsoleta cuyo nombre no es de buena recordación para Estados Unidos, o del perdón presidencial a aquellos espías condenados a cárcel que no tengan sus manos manchadas de sangre. El levantamiento del embargo, como otras medidas simbólicas, son refuerzos positivos para inclinar el curso de los acontecimientos, pero es vital saberlos utilizar en el momento exacto para que sean eficaces.